

Marcas sobre cerámica ibérica procedentes del Noroeste de la Campiña Cordobesa (Términos municipales de La Carlota y Córdoba)

Presentamos en este trabajo un conjunto de marcas sobre cerámica ibérica¹ halladas en los términos municipales de La Carlota y Córdoba, ambos en esta última provincia². Nuestro objetivo con el presente trabajo no pretende ir más allá de dar a conocerlas a la comunidad científica, dado que el tema está siendo objeto de un especial impulso en los últimos años, aunque más en la zona levantina y catalana que en la andaluza. Esperamos, por tanto, que la salida a la luz de este trabajo venga a cubrir, aunque sea de forma mínima, un vacío en el panorama de los estudios del mundo ibérico en Córdoba y Andalucía, confiando en que sirva a la vez de acicate a futuros estudios de carácter similar.

Para su estudio y dadas sus características, hemos agrupado las marcas en dos conjuntos, epigráficas y anepigráficas. Al primer grupo corresponde tan sólo una pieza, mientras que en el segundo se engloban tres de las cuatro estudiadas.

La primera de las marcas (fig. 1), de carácter epigráfico, fue encontrada en la localidad de La Fuencubierta (La Carlota, Córdoba), en un cerro que domina un fértil sector del Arroyo Guadalmezán (PONSICH, M., 1979: 214 y V.V.A.A., 1983, 230).

Es, como hemos dicho, una marca epigráfica³ y está realizada sobre un fragmento de cerámica común o gresera fabricada a torno, presumiblemente perteneciente a un ánfora de tipología ibérica, como puede deducirse de su forma, que parece corresponderse con la zona situada entre el hombro y el cuello⁴. La cocción del recipiente es reductora, la pasta es gris negruzca y el desgrasante es de tamaño mediano. La inscripción, efectuada antes de la cocción, se ha realizado mediante incisión,

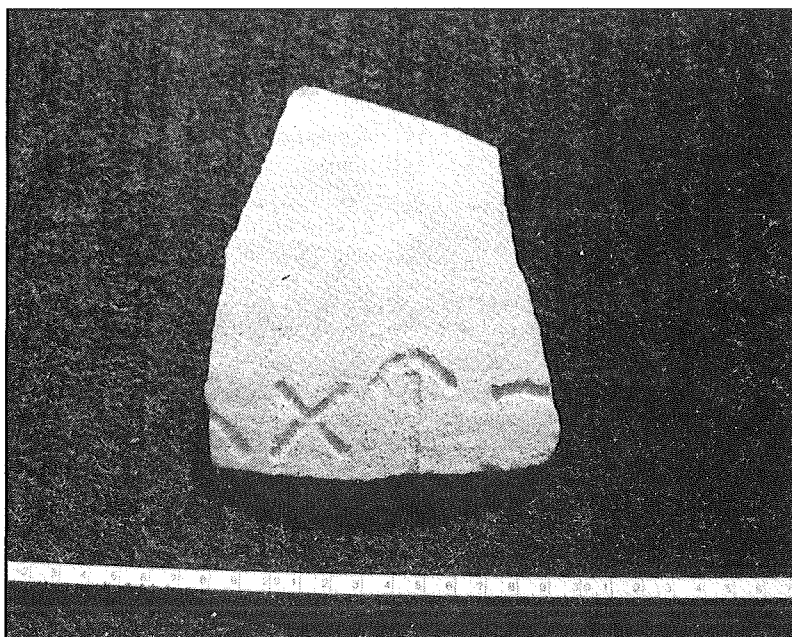
ANTONIO MARTÍNEZ CASTRO
FERNANDO JAVIER TRISTELL MUÑOZ
Universidad de Córdoba y
Museo Histórico Local "Juan Bernier"
de La Carlota (Córdoba)

pero con un trazo relativamente grueso (0,5 cm.) y hecho con un objeto de punta roma. Se ha conservado fragmentariamente, por lo que desgraciadamente y por el momento no podemos reconstruir el texto íntegro, a pesar de que está bien cuidado y elaborado con signos muy legibles y de gran valor caligráfico, amén de su envergadura, no frecuente en las ánforas ibéricas⁵. Sin embargo, este epígrafe plantea un problema que viene dado por el hecho de que es difícil o prácticamente imposible dilucidar si

estamos ante la epigraffa ibérica meridional (también llamada del sureste) o ante la del suroeste (también llamada tartesia), ya que todos los signos que en él aparecen se constatan en las dos escrituras, no ocurriendo así con respecto a la ibérica (también llamada de Levante). Veamos el valor fonético y otros aspectos de los signos.

El primero de los grafemas es el más problemático a la hora de su identificación, ya que puede corresponderse con varios valores. La forma del resto que nos ha quedado es la de un trazo corto que adopta una disposición en diagonal respecto al eje vertical del resto de signos. Podemos pensar, pues, que estamos ante los signos \wedge ó \wedge .

El segundo signo (X) adopta la forma de un aspa y se corresponde fonéticamente con la sílaba *da* o *ta* tanto en la escritura meridional como en la del



suroeste. Se trata de un signo ampliamente documentado en la epigrafía ibérica —en las ánforas el más recurrente (MATA, C.; SORIA, L., 1997: 346)— y frecuente, además, en todo el Mediterráneo, aunque, en concreto, en la Península Ibérica parece proceder de formas fenicias muy primitivas, concretamente del silabograma *taw* (HOZ, J. DE, 1986: 78-79). Está claramente constatado el significado metrológico que en ocasiones tiene este signo, aunque para el caso que aquí nos ocupa creemos, con C. Mata y L. Soria, que debe corresponderse con el citado silabograma ibérico —*ta*—, es decir, que, como parte que forma de un alfabeto —mejor, un semisilabario—, componía en el recipiente una inscripción completa integrada por varios signos (MATA, C.; SORIA, L., 1997: 346).

El tercer signo, también muy conocido y panhispánico, tiene forma de flecha apuntando hacia arriba (↑) y se ha realizado en dos fases, como se deduce de las huellas que dejaron los trazos sobre la arcilla blanda: primero se hizo el asta y después la parte superior. En el signario ibérico y en el meridional equivale a la sílaba *u*, pero en la escritura del suroeste se desconoce su valor fonético, aunque se ha propuesto el de *bi*.

El cuarto y último signo se ha conservado simplemente como un trazo curvo que es claramente su parte superior, abierto a la izquierda y muy probablemente cerrado a la derecha, con lo que la única posibilidad sería identificarlo con el signo 𐤓, cuyo valor fonético es *ke*, también con un posible origen fenicio, concretamente en el silabograma *kaph* (HOZ, J. DE, 1986:77). En la Península Ibérica es propio tanto de la escritura del suroeste como de la del sureste, no apareciendo en la ibérica.

La transcripción quedaría resuelta, pues, según las siguientes posibilidades (figs. 2 y 3):

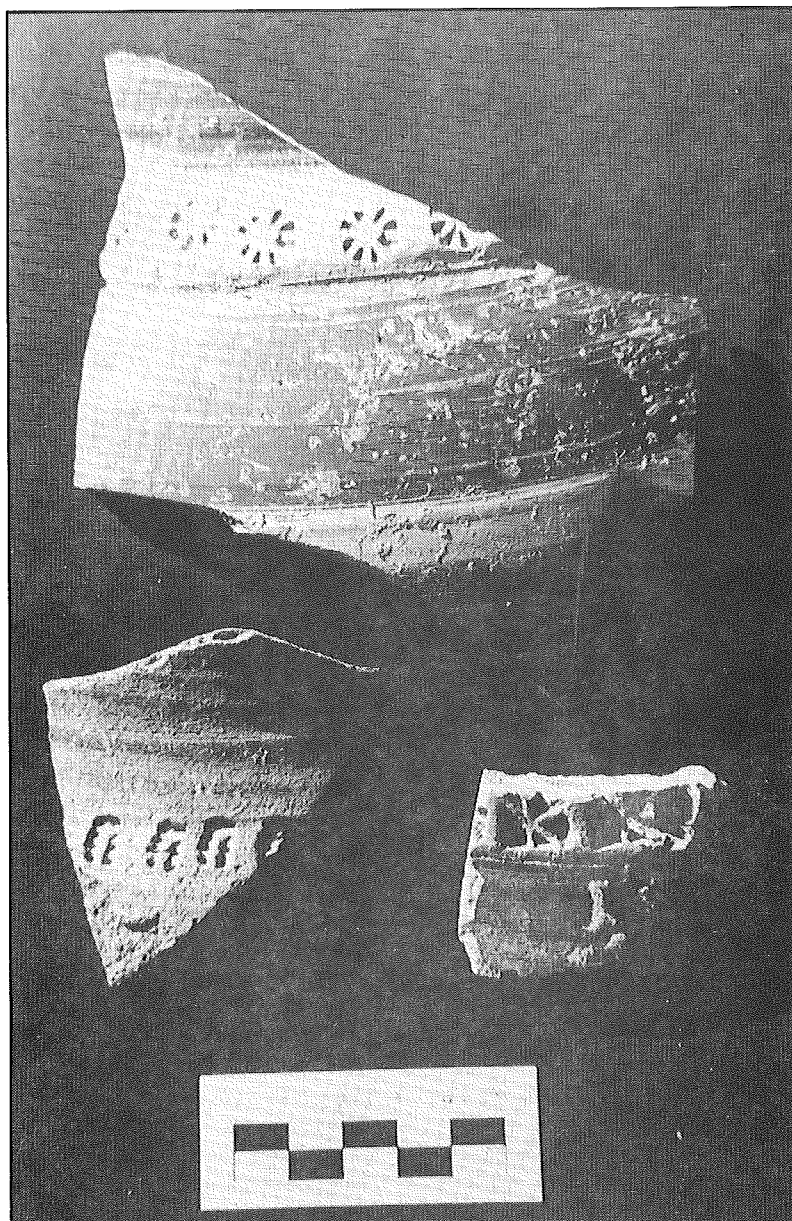
Atribuyendo al primer signo el valor

a:
 A X ↑ 𐤓
 ?...A.Ta.Bi.Ke...?

Atribuyendo al primer signo el valor

ka:
 A X ↑ 𐤓
 ?...Ka.Ta.Bi.Ke...?

Respecto a la interpretación funcional del epígrafe, cabe decir que el hecho de ser una marca precocción nos indica, evidentemente, su realización por parte del alfarero que elaboró el recipiente, aunque ello no implica que corresponda a su sello propio o taller, según parece apoyar el hecho de que, a nivel



general, los diseños de estas marcas anfóricas sean muy variados y difícilmente aparezcan varias iguales (MATA, C.; SORIA, L., 1997: 316-317), a diferencia de lo que sucederá en la época romana⁶. Siguiendo a FERNÁNDEZ JURADO Y CORREA (1988-1989:126), nos inclinamos por considerarla más bien como una indicación del nombre del producto contenido o de su cantidad —aspecto este último constatado en las ánforas de la zona del Vieille-Toulouse (sur de Toulouse, Francia) (OROZ, F. J., 1985-1986: 355-370)—, pero disentimos de estos autores en englobarla dentro del capítulo de las marcas de propiedad, pues, en primer lugar, el propietario probablemente no sería el mismo que el fabricante, que fue, como hemos señalado, el que elaboró el epígrafe y, en segundo lugar, creemos que es más lógico que estas marcas soliesen efectuar-

se sobre productos de un cierto lujo, pero no sobre ánforas, que son meros contenedores de calidad corriente y de uso no distintivo ni especialmente reducido desde el punto de vista social, sino todo lo contrario, relacionado con las necesidades básicas de consumo humano, aunque siempre es posible que quepan salvedades. Más difícil es saber si el epígrafe se refiere al nombre del destinatario (cliente) del producto o del remitente —que en contexto romano denominaríamos *mercator*— (OROZ, F. J., 1985-1986: 367-369), hecho que sólo sería conocido si la traducción del mismo revelase un nombre, investigación lingüística que escapa a nuestro cometido aquí, donde nos limitamos a dar a conocer el epígrafe con precisión de detalles materiales.

En relación con la cronología de esta primera pieza, es difícil precisarla con

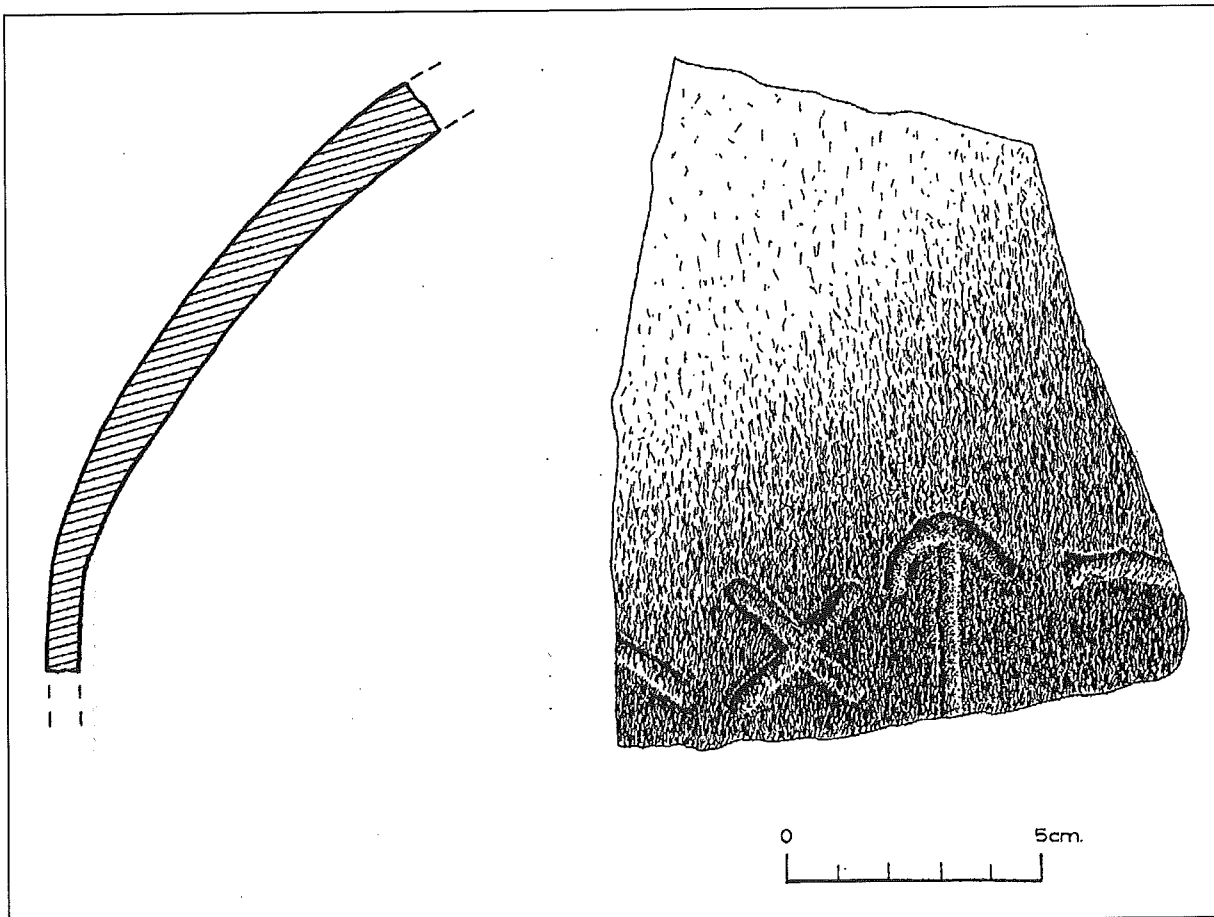


Figura 1.

exactitud, puesto que fue hallada en un contexto superficial. No obstante, sabemos que las marcas epigráficas sobre cerámicas ibéricas —que no tartésicas— comienzan a aparecer desde el siglo IV a. C., generalizándose a partir de mediados del III (SANMARTÍ, J., 1997: 8 y MATA, C.; SORIA, L., 1997: 346); cabe decir, por tanto, que corresponden a fines del pleno iberismo y, sobre todo, a su Baja Época⁷, cronología que viene a confirmar el material, principalmente cerámico, que hemos observado en superficie en el yacimiento.

Las conclusiones que podemos extraer sobre esta marca epigráfica son varias. En primer lugar, este tipo de marcas destaca por su excepcionalidad en el conjunto de la cerámica ibérica (Cfr. SANMARTÍ, J., 1997: 8) y por ser de las escasas sobre recipientes ibéricos que hasta el momento han aparecido —al menos publicadas— en Andalucía y, más particularmente, en la provincia de Córdoba⁸. Por otro lado, la aparición de un recipiente cerámico con una marca precocción donde se utiliza un signario ibérico de las regiones del sur de la Península nos puede estar mostrando una industria local de fabricación de ánforas en época ibérica, hecho importante para

el conocimiento de esta cultura en la zona donde el fragmento aparece, aún poco estudiada. Además, y lo que es —si cabe— más importante, nos está atestiguando muy probablemente el uso de una escritura propia para un fin netamente cotidiano, lo que demuestra que esta escritura y la lengua que representaba —aún no conocida— debían de estar no poco extendidas en su uso entre la población indígena. Por otro lado, al margen de su significado, es evidente que la fijación de mensajes en un tipo de cerámicas de un uso comercial como son las ánforas indica que la estructura mercantil ibérica estaba bastante desarrollada y vertebrada por complejos y ordenados patrones. De hecho, el comercio ibérico, hasta hace poco prácticamente ignorado en su esencia, es cada vez mejor conocido y parece claro que fue bastante complejo y considerable, no sólo desde el punto de vista interno, sino también externo, encontrándonos exportaciones anfóricas en importantes puntos comerciales como Ibiza, Marsella o Cartago. Respecto al comercio interno, es un hecho constatado que se dio tanto a escala local como regional o incluso interregional, aunque es muy difícil evaluar su volumen, debido a las

dificultades existentes para concretar la procedencia del material fragmentario (SANMARTÍ, J., 1997: 9-10). A propósito de la pieza que estudiamos, cabe decir, sin duda, que representa un testimonio evidente de ese comercio interno, dado que su epígrafe está realizado en una de las dos escrituras del sur, pero en principio nos es difícil conocer la procedencia concreta del fragmento por carecer de analogías u otras referencias externas.

En segundo lugar, aparte de la excepcionalidad de este fragmento como pieza cerámica rara y representativa de una estructura comercial desarrollada destaca también su faceta como documento epigráfico-lingüístico, pues la inscripción que porta viene a llenar un vacío en los hallazgos epigráficos prerromanos tanto en la provincia de Córdoba como en Andalucía en general, aún no comparables en hallazgos de este tipo con las áreas catalana o valenciana, donde son más abundantes. Respecto a la provincia de Córdoba, hasta el momento sólo contamos, según hemos podido constatar principalmente por la bibliografía⁹, con un fragmento de estela de Puente Genil, un grafito de la Colina de los Quemados, un cuenco

de El Arcornocal (también llamado "de la Granjuela"), tres piezas del tesoro de plata de Los Almadenes (Pozoblanco), y unas supuestas y dudosas leyendas en escritura prelatina en téseras o plomos monetiformes de la ciudad antigua de *Carbula* (Almodóvar del Río). A todas ellas hay que sumar en adelante el testimonio objeto de este trabajo, que, si bien no está completo, no se descarta la aparición de nuevos fragmentos correspondientes al mismo recipiente.

En tercer lugar, el hecho es importante para la historia del poblamiento del área geográfica de la provincia de Córdoba donde se han hallado, pues hasta ahora la existencia de asentamientos ibéricos en el término municipal de La Carlota permanecía inédita, a excepción del yacimiento de Fuente Membrillera. Igualmente, tampoco se conocía a través de las publicaciones la existencia de una fase ibérica en el yacimiento al que pertenecen¹⁰, tradicionalmente considerado como romano. Fuencubierta es, por tanto, uno de los escasos yacimientos ibéricos constatados en el noroeste de la Campiña cordobesa.

El segundo grupo de marcas que aquí analizamos está compuesto por estampillas del yacimiento denominado Cerro del Algibe, ubicado en el término municipal de Córdoba y ya catalogado por Ponsich, aunque también como romano (PONSICH, M., 1979: 211).

La primera de estas marcas anepigráficas (fig. 4) está realizada sobre un fragmento de cerámica ibérica clara a bandas, correspondiente al galbo de una forma difícil de determinar. Realizada a torno, su pasta presenta un color rojizo con núcleo gris, lo que nos está indicando una doble cocción, reductora primero y oxidante después. El color rojo es homogéneo, lo que indica un ambiente de cocción constante. El desgrasante es de tamaño pequeño. La decoración pintada del fragmento conservado es bícroma, en rojo y negro; el rojo aparece en una ancha banda, por debajo de la cual se dispone otra más fina en negro, y debajo de ésta aparece el motivo decorativo impreso o marca. Se trata de un rectángulo de 1,3 x 1 cms., con disposición horizontal, en cuyo interior aparecen tres líneas, una transversal que recorre el eje central del rectángulo y dos diagonales de esquina a esquina, de modo que todas se cruzan en el centro del rectángulo. Estas líneas aparecen resaltadas, mientras que los espacios triangulares que quedan libres entre esas líneas son huecos. En la pieza hay un total de dos marcas completas, aunque se observan parte de otras dos. Están todas realizadas con el mismo ins-

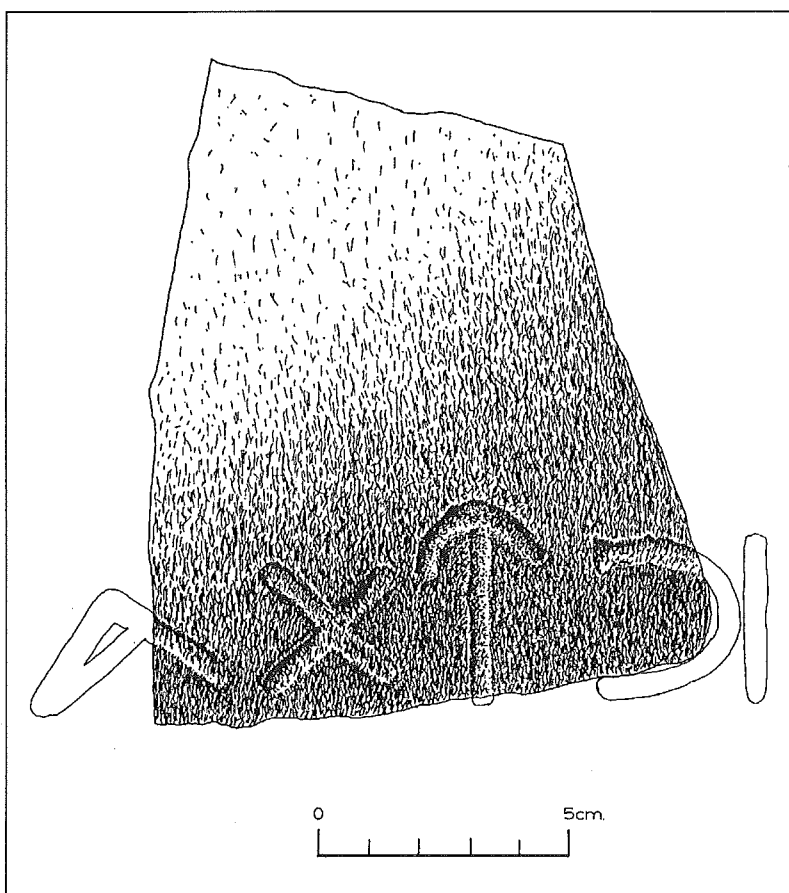


Figura 2.

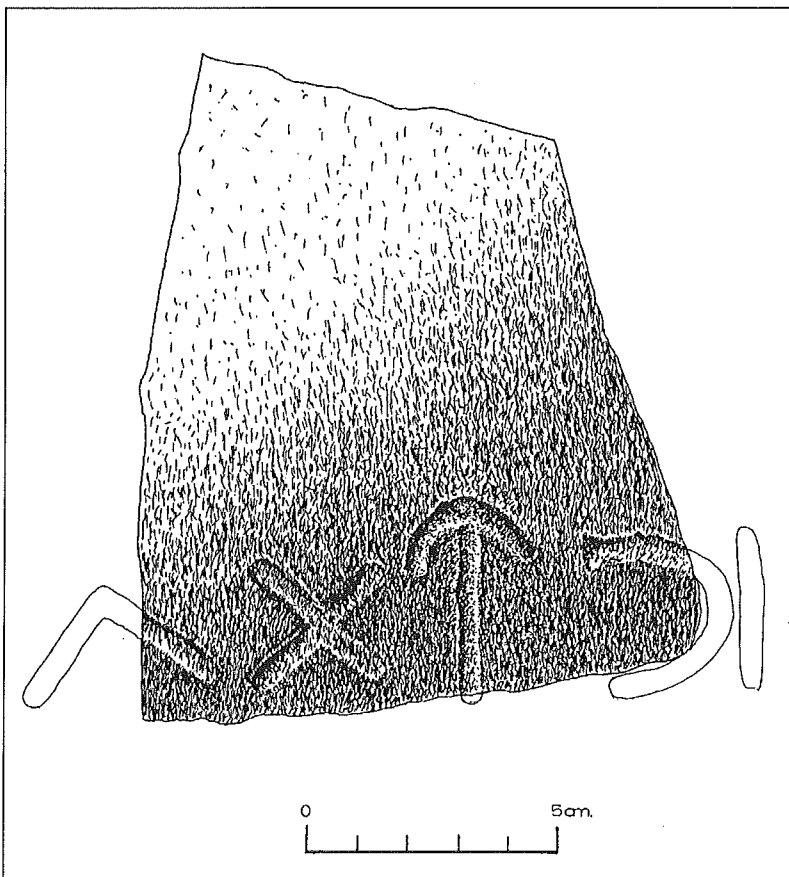


Figura 3.

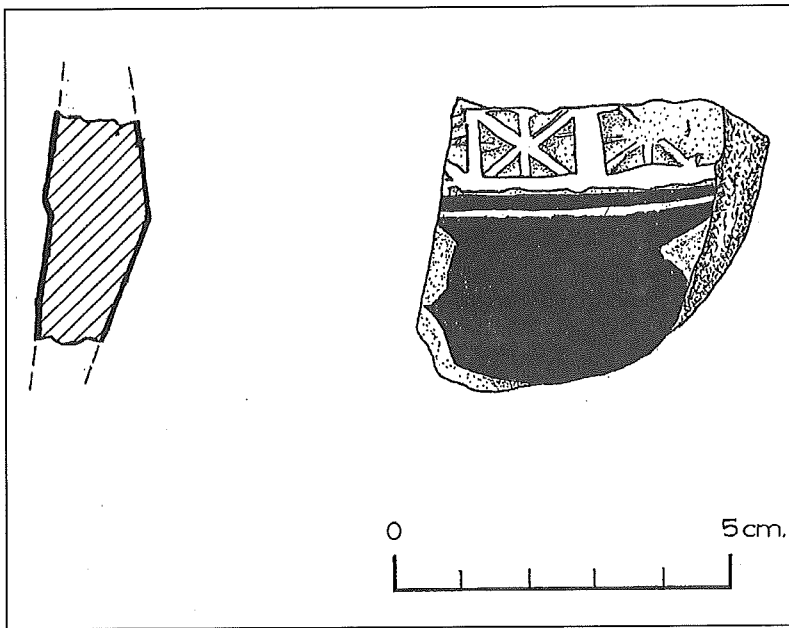


Figura 4.

trumento. Son del tipo «enmarque cuadrangular con motivo radial (A-II)»¹¹, del que tenemos paralelos parecidos¹² en los yacimientos de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia) y Casilla del Cura (Venta del Moro, Valencia)¹³, así como en Santana y Guadalimar (Jaén)¹⁴.

La segunda marca (fig. 5) está igualmente impresa sobre un fragmento de cerámica ibérica clara a bandas hecha a torno y se corresponde también con el galbo de un recipiente. Del mismo modo, la pasta es de color rojizo con núcleo gris. El desgrasante es de tamaño pequeño. Al igual que el anterior, la decoración de este fragmento se compone de dos series de motivos, bandas pintadas y marcas impresas. Las bandas están realizadas con pigmento rojo. Por debajo de ellas están las marcas, que son en total tres completas y dos parciales. Tienen forma más o menos oval y aspecto de palmeta, con nervio grueso central en positivo dispuesto longitudinalmente y nervios más finos transversales, paralelos entre sí, perpendiculares al central y también en positivo. En hueco quedan un total de ocho espacios —cuatro rectangulares en la zona central y dos triangulares en la base y la parte superior de la marca— que parecen simular hojas vegetales. Estas marcas están todas realizadas con un mismo instrumento y no se disponen a la misma distancia unas de otras. Corresponden al tipo «enmarque circular u oval con motivo en eje (B-I)», del que tenemos ejemplares muy similares en el yacimiento de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia)¹⁵ y en Cástulo (Jaén)¹⁶.

La tercera y última marca (fig. 6) está realizada sobre un fragmento también de cerámica ibérica clara a bandas y fabricada a torno, correspondiéndose con la zona del galbo de una forma indeterminada. La pasta es de color marrón claro homogéneo, lo que indica su cocción en un ambiente reductor constante. Presenta desgrasante muy fino y numerosas vacuolas de forma alargada. La decoración está compuesta por dos series de motivos, pintados e impresos. La decoración pintada es polícroma, a base de bandas de distinto grosor; en la parte superior y en lo que posiblemente era el cuello de la vasija

encontramos una banda gruesa de color rojo y anchura imposible de precisar por no haberse conservado en su totalidad. Justo debajo de esta banda encontramos un espacio sin pintar de 1,8 cm. de grosor sobre el que se dispone la decoración impresa. Debajo de este espacio vuelve a aparecer otra banda pintada en rojo y con una anchura aproximada de unos 4 cm., bajo la cual aparece un espacio libre de 1 cm. decorado con dos finas bandas de color negro. Debajo encontramos, por último, una nueva banda gruesa de color rojo y anchura indeterminable por estar fragmentada la pieza. Como se ha señalado, las marcas impresas, que son en total cinco, van dispuestas sobre una banda sin pintar, más exactamente un baquetón, ya que sobresale del nivel de superficie de la pieza. La habilitación de este baquetón responde exclusivamente a la existencia de las estampillas, bien para darles un resalte que las destaque en el conjunto del recipiente o bien, y con más probabilidad, para reforzar la zona de éste en que el punzón iba a ejercer la presión al imprimir el motivo (Cfr. RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 376 y LILLO, P. A., 1981: 348). También, el mayor grosor de esa superficie permitiría que penetrase el objeto con el que se impresiona (LILLO, P.A., 1981: 348), puesto que si se hiciese sobre la superficie cerámica sin un refuerzo, correría el riesgo de ser debilitada o incluso perforada en el punto en que coloca la estampilla. Las estampillas adoptan la forma de rosetas (flor de ocho pétalos más exactamente, sin tener botón central ni estar inscrita en círculo) y están realizadas

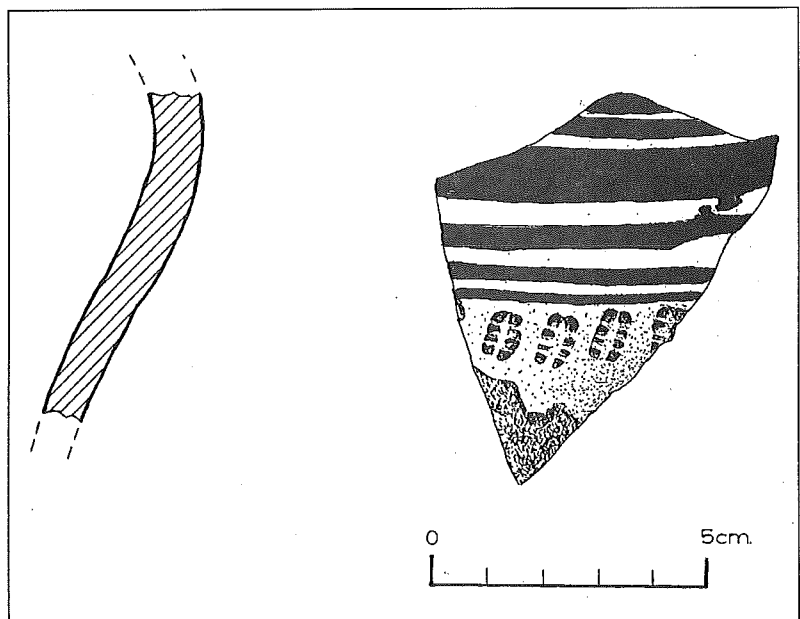


Figura 5.

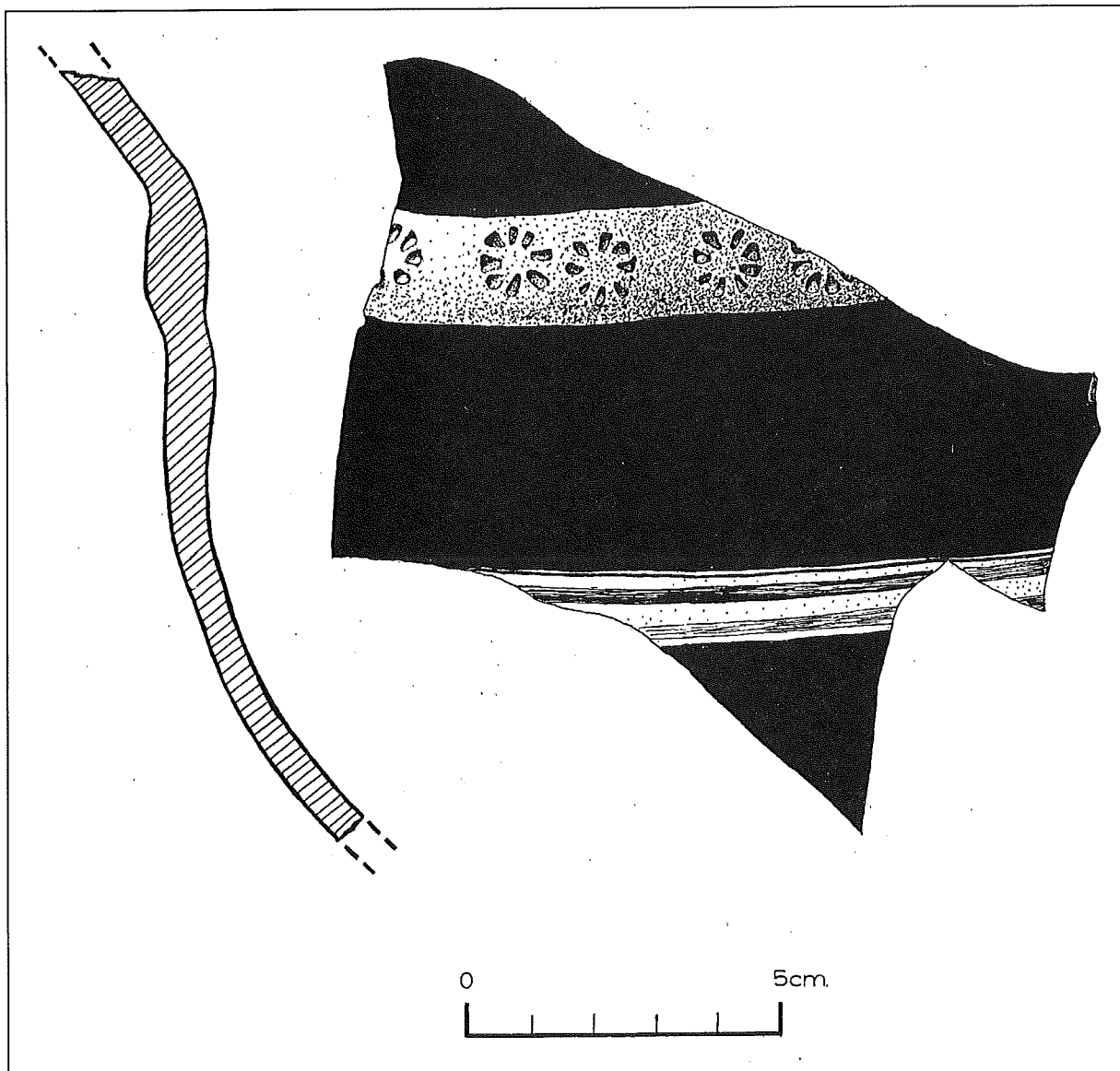


Figura 6.

todas con el mismo punzón, pues son similares en todos los detalles. Corresponden al tipo «enmarque circular u oval con motivo radial (B-II)», el más frecuente dentro de las marcas anepigráficas. Este mismo tipo de estampilla está documentado en el yacimiento de Los Molinicos (Moratalla, Murcia) y en Heretat de Valiente (Manuel, Valencia), correspondiendo la primera a finales del siglo V-primer tercio del IV a. C. y la segunda a un momento entre el siglo IV y el primer cuarto del siglo II a. C. En la zona de la Alta Andalucía se documenta en Cástulo, Cerro Miguelico, Castellar y Bobadilla¹⁷.

Desde el punto de vista artístico y técnico es interesante resaltar varios aspectos sobre estas marcas. En primer lugar, la escasez, aunque siempre significativa, de este tipo de decoración en el conjunto de las producciones cerá-

micas ibéricas (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 355). Además, eran un elemento decorativo muy apreciado y su localización ya estaba pensada en el momento de la fabricación (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 376), como lo demuestra la habilitación del baquetón en la tercera pieza de las estudiadas así como, en todo el conjunto, la necesidad de crear un punzón artificial y específico para su fabricación. Ello significa que su creación no es improvisada, sino premeditada, y probablemente elevaría el valor de los recipientes donde iba aplicada, cabiendo la posibilidad de que ello los convirtiera en unos de los más apreciados de toda la producción cerámica ibérica, como nos sugiere por ejemplo el famoso *askos* o recipiente en forma de ave de El Amarejo (Bonete, Albacete), decorado con rosetas estampilladas. Según la clasificación de P. A. Lillo, todas las aquí es-

tudiadas responden al tipo estampillas de matriz en negativo, puesto que el motivo queda en hueco y rehundido. Son estampillas cuyo origen se relacionó en un principio con las cerámicas precampanienses, pero hay motivos estilísticos que parecen guardar conexión con el mundo centroeuropeo (LILLO, P. A., 1981: 349).

En segundo lugar, constatamos, al igual que ha ocurrido para la zona del Alto Guadalquivir (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 371-372), que estas estampillas del noroeste de la Campiña cordobesa se suelen dar sobre formas cerámicas cerradas y mucho más difícilmente sobre formas abiertas como son los platos o los cuencos¹⁸, motivo que es difícil explicar debido a la falta de datos microespaciales y microtemporales (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 372). No obstante, a título de mera hipótesis,

nosotros queremos plantear la posibilidad de que un motivo importante sea la mejor visibilidad que pueden tener estas marcas en recipientes cerrados que en abiertos, ya que en los primeros es más fácil obtener una superficie o panel próximo a un plano de frontalidad con respecto a la vista humana, como observamos en la tercera pieza estudiada.

En tercer lugar, hay que señalar que este tipo de marcas no es tan frecuente en el Medio y Bajo Guadalquivir como en el Alto, en el suroeste de la Meseta y en la zona oriental de la Península Ibérica, o al menos así lo refleja la investigación. Por ello tal vez su aparición en las primeras regiones deba explicarse en virtud de posibles influencias llegadas de las segundas, aunque esto habría que confirmarlo con un análisis riguroso de materiales.

En relación con el tipo de asentamiento donde aparecen las estampillas, para este caso se observa lo mismo que para el del Alto Guadalquivir (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 377-378), es decir, su aparición mayoritaria en un *oppidum*, aunque pequeño, como es el Cerro del Algibe. Ello nos permite aventurar que el uso de estas cerámicas tenía lugar en un contexto que podríamos calificar como cívico y cotidiano. Aunque esta afirmación se ve reforzada por el hecho de la escasez de testimonios de este tipo en las necrópolis, debe ser considerada con cautela, pues siempre el número de cerámica es más reducido en los cementerios que en los poblados, por lo que estadísticamente esa escasez sería normal, pues, como señalábamos antes, el porcentaje de cerámica estampillada es siempre bajo en relación con la totalidad de las producciones. Lo que sí es seguro es que su uso no puede asociarse de forma genérica al ritual funerario, ya que no aparece sistemáticamente en los enterramientos.

Por último, respecto a la cronología de estas tres piezas de decoración impresa epigráfica, por el momento es imposible precisarla con exactitud, puesto que también fueron halladas en superficie. No obstante, muy *grosso modo* podemos atribuirles una fecha situable entre los siglos IV y II a. C., es decir, a caballo entre las llamadas Plena y Baja Época Ibérica, dado que el material correspondiente a esta cultura atestiguado en el yacimiento se engloba entre esos límites cronológicos, momento que además cuadra con el de algunas otras estampillas análogas que hemos visto y que es similar para las producciones del Alto Guadalquivir, donde sólo excepcionalmente sobrepasa en antigüedad los comedios del siglo IV a. C. (RUIZ, A.; NOCETE, F., 1981: 355).

NOTAS

(1) El tema de las marcas ibéricas sobre cerámica ha sido recientemente puesto al día por MATA, C. y SORIA, L. (1997): «Marcas y epígrafes sobre contenedores de época ibérica», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXII, pp. 297-374, donde se recoge un catálogo sobre buena parte de las marcas de la Península Ibérica. Una buena introducción a la cerámica estampillada puede verse en LILLO, P. A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia, pp. 347-358. Para la de Andalucía el único estudio realizado hasta ahora es el de RUIZ, A. y NOCETE, F. (1981): «Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir», *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6, pp. 355-383, con buenos resultados a partir del análisis estadístico.

(2) Actualmente estas cerámicas se hallan depositadas y expuestas al público en el Museo Histórico Local «Juan Bernier» de La Carlota (Córdoba).

(3) Queremos expresar nuestro agradecimiento hacia el profesor Joan Sanmartí, de la Universidad de Barcelona, por las gentiles y valiosas indicaciones que nos dio acerca del tema de la epigrafía ibérica sobre soporte cerámico, así como a nuestros compañeros y amigos Alfonso Expósito Maestre y Fernando Pineda García por la inestimable ayuda prestada.

(4) Creemos que la ubicación del epígrafe sobre el ánfora no responde a motivos aleatorios, pues se sitúa justo por debajo del cuello y antes de llegar a la curvatura que separa a éste de la panza, en una superficie plana y en pendiente, por lo que sus características visuales serían idóneas—ciertamente las más privilegiadas de todo el ánfora— para la fijación en ella del epígrafe, el cual sería fácilmente visto por el usuario. De hecho, esta ubicación del epígrafe está constatada en otros casos, como por ejemplo en el grafito 1 de Huelva (FERNÁNDEZ JURADO, J.; CORREA, J. A., 1988-1989: 125-126) y parece claro que el galbo es la zona de preferencia de las marcas en las ánforas ibéricas, frente a las tinajas, que suelen llevarlas en el borde (MATA, C.; SORIA, L.: p. 346).

(5) En efecto, no suele ser frecuente en las ánforas los letreros largos, y todo indica que el que aquí estudiamos lo era, puesto que sólo el fragmento aparecido hasta el momento recoge cuatro signos, no descartándose que fuesen más. La mayoría de las marcas epigráficas sobre ánfora recogidas y estudiadas por C. Mata y L. Soria se componen de una sola letra, siendo más largos los letreros sobre tinajas (MATA, C.; SORIA, L.: *Ibid.*)

(6) No obstante, Fernández, Chasco y Oliva consideraron los grafitos del Cerro Macareno como marcas de alfarero (FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; CHASCO VILA, R. y OLIVA ALONSO, D. (1979): «Excavaciones en El Cerro Macareno. La Rinconada, Sevilla (Cortes E-F-G). Campaña de 1974», *Noticario Arqueológico Hispánico*, 7, p. 70). Sólo podrían admitirse como tales suponiendo que el fabricante las realizase no de manera sistemática, en cada envase, sino ocasionalmente y por motivos más de

deseo u orgullo personal que de imperativos del sistema comercial en el que las ánforas estaban inmersas.

(7) Según nos expresó el profesor Sanmartí, cabe incluso la posibilidad de que esta pieza proceda de un contexto romano pero donde aún se usa, por pervivencia, la escritura indígena. De hecho, está constatada la existencia de epígrafes ibéricos en recipientes claramente de época romana, como el fragmento de *terra sigillata hispanica* procedente de la Moleta dels Frares (Forcall, Castellón). *Vid.* FLETCHER, D. (1972): «Nuevas inscripciones ibéricas de la región valenciana», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, pp. 105-106.

(8) Hasta ahora aparecen constatadas en Andalucía—cifrándonos a las publicaciones— las marcas sobre cerámica del Cerro Macareno (*Vid.* FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; CHASCO VILA, R.; OLIVA ALONSO, D.: *Op. cit.*, pp. 70-74), las de El Carambolo, las de Huelva y una de la Colina de los Quemados en Córdoba (todas recogidas en HOZ, J. DE. (1976): «La epigrafía prelatina meridional en Hispania», en JORDÁ, F.; HOZ, J. DE; MICHELENA, L. (Eds.) (1976): *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 27-31 mayo 1974)*, Salamanca, pp. 269-286, con bibliografía específica). Para las de Huelva *vid.* el posterior e interesante trabajo sobre otras nuevas de FERNÁNDEZ JURADO, J. y CORREA, J. A. (1988-1989): «Nuevos grafitos hallados en Huelva», *Huelva Arqueológica*, X-XI, 3, pp. 121-142.

(9) Somos conscientes de que se nos pueden escapar algunos otros testimonios bien recogidos en la bibliografía o, sobre todo, que aún permanezcan inéditos. En cualquier caso, no deben de ser muy numerosos ni, por tanto, afectar sustancialmente a lo que queremos resaltar, que no es sino la escasez de epigrafía ibérica en Córdoba en comparación con otras regiones peninsulares.

(10) Esta etapa ibérica queda confirmada, además de por la aparición de estos dos fragmentos cerámicos, por otros muchos fragmentos de variada tipología e indudable adscripción a dicha etapa (pintadas a bandas, grises, de barniz rojo, campanienses, etc.).

(11) Seguimos la tipología establecida por A. Ruiz y F. Nocete y mantenida por C. Mata y L. Soria.

(12) Debemos aclarar que no se han buscado todos los paralelos existentes para estas marcas, sólo nos limitamos a proporcionar algunos ejemplos en la bibliografía conocida para su más fácil comprensión y adscripción cultural.

(13) Números 16.007 y 17.024, respectivamente, del catálogo de C. MATA y L. SORIA: *Op. cit.*, pp. 352-355.

(14) RUIZ, A.; NOCETE, F. (1981): p. 359, números 1 al 9 ambos inclusive.

(15) Número 16.003 del catálogo de C. MATA y L. SORIA (*Ibid.*).

(16) RUIZ, A.; NOCETE, F. (1981): p. 360, número 25.

(17) *Op. cit.*: p. 360 y 361, números 28 y 29, y 9, 10 y 12 respectivamente.

(18) Todo parece indicar que, en función del grosor y perfil de la primera y

la tercera pieza, estamos ante formas cerradas. Más difícil de considerar en este sentido resulta la segunda pieza.

BIBLIOGRAFÍA

FERNÁNDEZ GÓMEZ, F.; CHASCO VILA, R.; OLIVA ALONSO, D. (1979): "Excavaciones en El Cerro Macareno. La Rinconada. Sevilla (Cortes E-F-G. Campaña 1974)", *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 7.

FLETCHER, D. (1972): "Nuevas inscripciones ibéricas de la región valenciana", *Archivo de Prehistoria*

Levantina, XIII.

HOZ, J. DE (1976): "La epigrafía prelatina meridional en Hispania", en JORDÁ, F.; HOZ, J. DE; MICHELENA, L. (1976): *Actas del I Coloquio sobre Lenguas y Culturas Prerromanas de la Península Ibérica (Salamanca, 27-31 mayo 1974)*, Salamanca.

HOZ, J. DE (1986): "Escritura fenicia y escrituras hispánicas. Algunos aspectos de su relación", *Aula Orientalis*, 4.

LILLO, P. A. (1981): *El poblamiento ibérico en Murcia*, Murcia.

MATA, C.; SORIA, L. (1997): "Marcas y epígrafes sobre contenedores de época ibérica", *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXII.

OROZ, F. J. (1985-1986): "Sobre los

epígrafes ibéricos de las ánforas de Vieille-Toulouse", *Veleia*, 2-3.

PONSICH, M. (1979): *Implantation rurale antique sur le Bas-Guadalquivir II*, Paris.

RUIZ RODRÍGUEZ, A.; NOCETE CALVO, F. (1981): "Un modelo sincrónico para el análisis de la producción de cerámica ibérica estampillada del Alto Guadalquivir", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 6.

SANMARTÍ, J. (1997): "Las ánforas de los iberos. Envases de transporte y almacenaje", *Revista de Arqueología*, 197.

V.V.A.A. (1983): *Catálogo Artístico y Monumental de la Provincia de Córdoba, II*, Córdoba.